

Mathias Goeritz, Mexico



Arte y Arquitectura

En la sociedad contemporánea, el papel del arquitecto está adquiriendo una importancia que posiblemente nunca antes tuvo. La explosión demográfica lo está convirtiendo en planificador y coordinador de un número de especialistas cada vez mayor. Si antes pudo dedicarse con todo cuidado al diseño de una casa particular, ahora dirige equipos de ingenieros, constructores y sociólogos para resolver amplios problemas urbanísticos. Aunque en la mayoría de los casos se especializa en alguna rama para entrar en uno de estos equipos, no puede ni debe dejar a un lado el conocimiento del conjunto.

Al mismo tiempo, se está desarrollando la prefabricación de elementos arquitectónicos que no se limitan ya al ladrillo o al tabique, sino que llegan a abarcar toda la unidad de habitación, lo que aumenta aún más la responsabilidad del diseñador.

Al lado del peso de los problemas «funcionales», técnicos y sociales que se presentan al arquitecto, existe otro que es quizá el más importante de todos. Creo que, para que una construcción merezca el nombre de «Arquitectura», debe ser también una obra de arte. ¿A quién se le ocurre pensar, al hablar en términos generales de la arquitectura egipcia, griega, románica, gótica o barroca, en la vivienda de aquellas épocas? Automáticamente se establece una asociación con los ejemplos de una arquitectura cuyas funciones eran de índole espiritual y que han sobrevivido los siglos como los grandes testigos del arte del pasado.

Este tipo de arquitectura casi no existe en la actualidad. Le falta fundamento en la sociedad moderna. Partiendo de la convicción que el arte no es exclusivamente estética, sino que destaca precisamente por la función espiritual, la obra arquitectónica que aspira a ser obra de arte – y creo que la verdadera arquitectura lo es – debería cumplir con esta función.

El arquitecto contemporáneo que respira el aire de una sociedad heterogénea y confusa, no sabe generalmente cómo enfrentar este problema. No se ve respaldado por la fe ni por conceptos que tengan vigencia y que unan a los hombres. Este arquitecto presta sus servicios a la sociedad a través de organismos estatales

|| En los ojos del artista, el arquitecto es un conformista ||

o privados, y en ambos casos se le pide, ante todo, adaptarse a necesidades materiales. Incluso, al proyectar obras de tipo religioso, no le es posible, en la mayoría de los casos, alcanzar la profundidad requerida comparable a la de otros siglos, ya que las condiciones generales le obligan a enfrentar los problemas bajo un punto de vista estético, que a su vez lleva el sello de la confusión. Las nebulosas de la gran sociedad futura e incluso las de un «hombre nuevo» son todavía esperanzas, sueños o ilusiones.

No cabe duda que la progresiva socialización de la vida moderna ha conducido a una mayor unidad de «estilo» dentro de la arquitectura y, a pesar de las múltiples excepciones como las de la arquitectura fantástica o imaginaria, la arquitectura tiene, como expresión plástica, hoy día, un carácter más definido que cualquier otro arte.

En este sentido la arquitectura resulta quizá el arte más «avanzado» de esta época, ya que debido a sus condiciones prácticas se libera – aunque sólo en parte – de la tiranía de una estética que domina todavía la pintura y la escultura. A estas últimas también les falta base firme. Cada artista justifica su obra a su manera. Lo que les une y distingue fundamentalmente en la sociedad en la cual se mueven, no es tanto el hecho de que produzcan «arte» sino que, con su inconformidad o rebeldía, «hacen filosofía»; es decir, los artistas se han convertido en un llamado a la conciencia de una sociedad conformista. Unos lo hacen a través de una apariencia excéntrica, otros mediante una obra insólita o por la expresión de su temperamento anárquico que les obliga a protestar continuamente. Esta actitud justifica, hasta cierto punto, sus vanidades y extravagancias, detrás de las cuales se encuentra la búsqueda, a veces desesperada (aunque inconsciente) de valores estables.

Ahora bien, el arquitecto quisiera ser, debería ser también artista. Lleva la ventaja de poder cumplir con una parte – la utilitaria – de su profesión, pero se pierde en ella, o mejor dicho: se esconde tras de ella para evitar la responsabilidad que implica la parte artística. Y cuando tropieza con visiones atrevidas – como por ejemplo, las de la llamada «Arquitectura Prospectiva» – suele ponerse de mal humor y se niega a

reconocer su valor (relativo y discutible, por cierto, como el de todo arte actual) y se queja de la excesiva importancia que se concede a aquellos soñadores. En los ojos del artista, el arquitecto es un conformista, mientras éste es considerado por el arquitecto, como un vago.

Mientras se le brindan al arquitecto-planificador las oportunidades más inauditas para crear obras de una magnitud jamás antes sospechada: Ciudades Satélite, gigantescos conjuntos de habitación, centros industriales o comerciales, etc., tiene que reconocer precisamente en este momento que su arquitectura no «funciona» espiritualmente.

Podría preguntarse: ¿Cómo debe ser la formación del arquitecto para que vuelva a crear arte? No creo que dependa de él. Lo único que puede hacer, por el momento, es tratar de coordinar su talento con las inquietudes del artista y establecer un equipo, en beneficio de los dos. Esta unión no necesariamente llegará a producir grandes obras de arte, ya que el espíritu de la época no les favorece; pero logrará mejorar la atmósfera en pro de una nueva arquitectura que no esté exclusivamente basada en la función material y un criterio estético superficial. Si desde un principio ambos, arquitecto y artista, se concentran en la organización de las ideas, formas y colores – desde la concepción urbanística de los planos generales, hasta los detalles que finalmente crearán el ambiente de la morada del hombre – alcanzarán sin duda una dimensión superior a la que se presenta en la actualidad, con el fin de dignificar la vida humana.

Sin embargo, estoy convencido de que el fondo del problema no puede resolverse a base de la estética actual, sino que exige una moral colectiva que simplemente hoy todavía no existe. Es precisamente tarea, tanto del arquitecto como del artista contemporáneos, el tratar de espiritualizar su época, o sea, de ayudar a encontrar aquella moral, colocando así los cimientos de un Arte mayor para el futuro.